

- J. y Cubo, O. (eds.), *La polémica sobre el ateísmo. Fichte y su época*, Madrid, Dykinson, 2009.
- Kant, Immanuel, *Crítica del discernimiento*, edición y traducción de Roberto Rodríguez Aramayo y Salvador Mas, Madrid, Mínimo tránsito, 2003.
- Lessing, G. E., “Sobre la realidad de las cosas fuera de Dios”, en Mendelssohn, M. y Lessing, G. E., *Debate sobre Spinoza*, trad. y notas M. J. Solé, Córdoba, Encuentro Grupo Editor / Brujas, 2010.
- *La educación del género humano*, en Lessing, G. E., *Escritos filosóficos y teológicos*, introd., trad. y notas A. Andreu, Barcelona, Anthropos, 1990.
- Lichtenberg, Georg Christoph, “Plegaria matinal de Amintor” en *Ideas. Revista de filosofía moderna y contemporánea*, Nro. 7, 2018, pp. 37-40.
- Mendelssohn, M., *Horas matinales o lecciones acerca de la existencia de Dios*, en AA.VV., *El ocaso de la Ilustración. La polémica del spinozismo*, trad., notas y estudio preliminar de M. J. Solé, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo, 2013.
- *A los amigos de Lessing. Apéndice a las Cartas sobre la doctrina de Spinoza del señor Jacobi*, en AA.VV., *El ocaso de la Ilustración. La polémica del spinozismo*, trad., notas y estudio preliminar de M. J. Solé, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo, 2013.
- Spinoza, B., *Tratado teológico-político*, trad. A. Domínguez, Madrid, Alianza, 1986.



## La plegaria matinal de Amintor<sup>1</sup>

**GEORG CHRISTOPH LICHTENBERG**

TRADUCCIÓN DE MARIO CAIMI

[Amintors Morgen Andacht, texto redactado a fines de 1790 y publicado en el *Göttinger Taschen Kalender für 1791*. En: *Georg Christoph Lichtenberg: Schriften und Briefe*, edición de Wolfgang Promies, Munich, editorial Hansel, 1968 – 1992, volumen 3 p. 76 – 79.]

**¿Y** si alguna vez el Sol no saliera? pensaba a menudo Amintor cuando despertaba en medio de una noche oscura; y se alegraba cuando veía por fin nacer el día. El silencio profundo de la temprana mañana, amigo de la meditación, unido al sentimiento de las fuerzas recobradas y de la renovada salud, despertaba en él una confianza tan poderosa en el orden de la naturaleza y en el espíritu

<sup>1</sup> [Nota del editor del *Göttinger Taschen Kalender für das Jahr 1791* (que no era otro que el mismo Lichtenberg), donde fue publicado originalmente el texto en alemán que aquí traducimos]. El presente ensayo, que le ha llegado al editor remitido por un autor anónimo, puede quizá ser considerado como una introducción a los artículos de física que siguen y a algunos otros que están en este almanaque. También se lo puede aprovechar aislado, o se puede omitirlo, o incluso se puede hacer con él lo que se quiera; siempre que no se lo interprete contra el autor ni contra el editor, pues en ese caso se haría ciertamente algo muy injusto.

que la gobierna, que se sentía tan seguro, en medio del tumulto de la vida, como si su suerte estuviera en sus propias manos. Esta impresión –pensaba entonces– que no te impones a ti mismo, ni te finges, y que te produce este indescriptible bienestar, es, por cierto, obra de ese mismo espíritu, y te dice claramente que tú, al menos ahora, estás pensando de manera correcta. Y ese reconocimiento interno del orden no era otra cosa que ese orden mismo, otra vez, sólo que extendido hasta quien lo percibía; y por eso era para él el contento supremo de su espíritu. ¡Oh, yo sé con certeza, exclamaba entonces, que esta mi silenciosa plegaria de agradecimiento, que todas las creaturas, por millares, te ofrecen, cada una según su especie, con su propio sentimiento y en su lenguaje, como yo en el mío, es escuchada por ti, que gobiernas los cielos! La elevan, ciertamente, todas las creaturas, pero con doble gozo es ofrecida por mí, pues me has dado la capacidad de entender que yo, por este sentimiento de gratitud y en este sentimiento de gratitud, soy lo que debo ser. ¡Oh, no perturbes con la culpa, se decía entonces, esta paz celestial que hoy está en ti! ¿Cómo podría amanecer para ti el día de mañana, si la claridad pura de tu ser no lo reflejara en tu interior? Mejor sería que no amaneciera nunca más, o que, al menos, ya no amaneciera para ti, desdichado. Había hecho suya esa manera de *vivir en su Dios*, como él la llamaba y que los santurrones, que prefieren creer a pensar, porque lo encuentran tanto más cómodo, interpretaban como espinosismo. Se había consustanciado con ella hasta tal punto, que había llegado a ser para él una imperturbable tranquilidad con respecto al futuro y un invencible consuelo ante el peligro de la muerte. Un día cuando, después de su oración matinal, se preguntaba de dónde le venía esa gozosa entrega a la regencia del universo y ese sentimiento de gran seguridad que tenía siempre al pensar en el futuro (pues le parecía que eran demasiado firmes para tomarlos por una mera exaltación poética) quedó encantado de alegría al descubrir que se debían solamente al grado de conocimiento de la naturaleza que había adquirido; un grado de conocimiento que, según le parecía, estaba al alcance de toda persona que tuviera las más corrientes dotes. Sólo debía, como él dice, dedicarse al estudio sin ánimo de disputa, sin afán de novedades y sin estar impulsado por las especulaciones de los innovadores aficionados. Fácilmente se le creará que debe de ser una reflexión que llena de entusiasmo el poder decirse uno a sí mismo: mi serenidad es obra de mi propia razón; ninguna exégesis me la ha dado, y ninguna me la arreba-

tará. Oh, nada, nada podrá serme arrebatado, excepto aquello que mi razón me arrebatase. Que la contemplación de la naturaleza puede procurar ese consuelo es algo que tiene por cierto, pues vive dentro de él; dejó sin decidir, sin embargo, si acaso es algo de lo que participen todos; mucho depende, como él decía, del modo como se desarrolle y se aplique la ciencia; algo que –como quizá también el espinosismo, si no ha de ser dañino– no se puede enseñar, sino que ha de ser hallado por uno mismo; no es nada menos que esa contemplación físico-teológica de los soles cuya muchedumbre visible para nosotros se ha estimado, según cierto cálculo, en 75 millones. A esta elevada contemplación la llamaba mera música de las esferas, que al comienzo arrastra al espíritu en una especie de torbellino de entusiasmo llevándolo casi al paroxismo, hasta que finalmente se habitúa a ella; pero aquello de ella que perdura siempre, y que es sin duda lo mejor, se encuentra (pensaba él) por todas partes, y especialmente en el espíritu capaz de esas consideraciones y que forma parte del mismo conjunto. Es, más bien, una alegría de la *propia existencia*, que se asocia imperceptiblemente al estudio asiduo de la naturaleza; alegría acompañada de una *curiosidad* (si ésa es la palabra justa) *no temerosa*, sino *gozosa*, que se eleva tanto sobre lo que se suele llamar curiosidad vana, como el alto sentido del honor se eleva sobre el orgullo campesino. Curiosidad de averiguar, con estos sentidos o con otros análogos –o mediante relaciones de otra clase, que se puede esperar que correspondan a cada especie de existencia– *qué es todo esto y qué pretende llegar a ser*. Mucho temía, por cierto, que sus amigos escucharan solamente las palabras de la doctrina y no la doctrina misma; pero lo esperaba todo de su propio empeño, si alguna vez hubiera de hablar de esas cosas. Desde entonces pensaba que el gozo que la contemplación de la naturaleza les produce al niño, al salvaje y al hombre que posea cualquier clase de instrucción, tiene y debe tener, en toda vida y en cualquier mundo en el que haya coherencia, también *esta* gran finalidad: la *completa tranquilidad con respecto al futuro* y el *gozoso abandonarse a aquello que gobierna al mundo*; désele a este gobierno el nombre que se quiera. Contaba entre los acontecimientos más importantes de su vida el haber descubierto, al menos, para sí mismo, que así como naturalmente sufrimos, así también tenemos medios naturales, independientes de toda tradición, para soportar ese sufrimiento con una especie de alegría. Esta filosofía no suprimía, por cierto, el disgusto pasajero, ni tampoco el dolor; porque tal filosofía, si fuera posible,

suprimiría también todo placer. Acostumbraba llamar esto, a veces, su *reconciliación con Dios*, contra quien la razón –esperando ser perdonada por ello– quizá podría levantar alguna queja, si no estuviera enhebrado en el curso de las cosas también aquel hilo que puede conducir, sin más ayuda, a aquella tranquilidad. En su discurso se presentaban muchas *expresiones* de las que usa la Biblia; y él decía, con respecto a eso, que no era posible contar la misma historia del espíritu humano sin recurrir, a veces, a las mismas expresiones; y creía que se comprendería la Biblia mejor de lo que se la comprende, si uno se estudiara más a sí mismo; y que el camino más corto para concordar siempre con las sublimes doctrinas de ella era procurar alcanzar el fin de ella por otra vía independiente, tomando en cuenta, al hacerlo, el tiempo y las circunstancias. El mismo Spinoza, creía él, no había errado tanto como muchos de los que ahora opinaban en su lugar. Para millones de hombres, oír que bajaba del cielo: *No debes robar y no debes dar falso testimonio* era más cómodo y más comprensible que buscar en el cielo mismo el lugar donde esas palabras están realmente escritas con letras de fuego y donde muchos las han leído. Además creía que para los telescopios y los anteojos no tenía importancia alguna si la luz venía realmente del sol, o si el sol sólo hacía vibrar un medio y solamente la hacía aparecer como si ella viniese de él; pero no por eso carecían de importancia los telescopios y los anteojos; y con respecto a los anteojos a menudo se le ocurría que el ser humano no tenía el poder de modelar el mundo como quisiera, pero que tenía, en cambio, el poder de tallar cristales de anteojos, con lo que lo hacía aparecer casi como nosotros quisiéramos; y se le ocurrían más observaciones semejantes, con las que no pretendía llevar a sus amigos hacia *su propio* camino, sino más bien darles indicaciones que les ayudaran a encontrar por sí mismos aquél que fuera para ellos el más seguro y el más cómodo. Pues es efectivamente cierto que la filosofía, si ha de ser para los hombres algo más que una colección de temas para disputar sólo puede ser enseñada de manera indirecta.



## Discusión al artículo de Christian Bonnet

“Spinoza en Alemania. El caso Lichtenberg”

**MARÍA JIMENA SOLÉ**

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS Y TÉCNICAS -  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES - ARGENTINA

**E**n noviembre de 2017 el Dr. Christian Bonnet, director del Centro de historia de los sistemas de pensamiento moderno y Profesor de la Sorbonne (París 1), visitó Buenos Aires para brindar la conferencia titulada “*Spinoza en Allemagne. Le cas Lichtenberg*”. Nuestro colega Axel Cherniavsky, quien organizó el evento, me invitó a participar para discutir con el invitado y, como es habitual, me hizo llegar con anticipación el texto de la conferencia. Un jueves por la tarde nos reunimos en la sala del Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF) en el barrio de Belgrano, junto con otros especialistas, colegas y estudiantes interesados en escuchar la exposición del invitado y conversar con él. Como estaba previsto, al finalizar la conferencia que se desarrolló en francés, tomé la palabra para hacer una breve reconstrucción en español de los puntos principales tratados y para proponer algunas observaciones.